

#### CAPITULO IV.

Leopoldo , gran duque de Austria, fué el primero de los poseores de aquel vasto pais , que subió á la elevada condicion de príncipe. Confiriósele el título de gran duque del imperio germánico, en atencion á su inmediato parentesco con el emperador

Enrique el Firme, y su gobierno abrazaba las mas bellas provincias de cuantas baña el Danubio. La historia ha echado un baldon en su carácter, de resultas de un rasgo de violencia y perfidia, que fué ocasionado por estas mismas guerras de Tierra Santa: y con todo, aunque es cierto que hizo prisionero á Ricardo, cuando pasaba disfrazado y sin acompañamiento por sus estados, de vuelta á Inglaterra, esta falsía no procedió de la índole natural de Leopoldo, en quien no eran tan poderosas la ambicion y la tiranía, como la flaqueza y la vanidad. Las cualidades de su ánimo se retrataban en el aspecto de su persona. Era alto, fuerte, hermoso; notable por el color blanco y sonrosado de su rostro, y por la rubia y larga cabellera que le sombreaba: pero tal era el desgarbo de su talante, que parecia no haber en aquella robusta mole suficiente animacion para ponerla en movimiento; asi es, que se le despegaben, y parecian impropias en él las galas mas esplendorosas. No sabia sostener con sus modales la dignidad,

y cuando la ocasion requeria que se presentase con la gravedad análoga á aquel carácter, se creia obligado á recobrar, con gestos y expresiones de desatinada violencia, el respeto que no habia sabido grangearse de otro modo.

No solo eran conocidas estas imperfecciones á todos los que le rodeaban, sino que él mismo adquiria á veces el íntimo convencimiento de su incapacidad, y de la poca armonía que reinaba entre sus disposiciones naturales, y el puesto en que se hallaba colocado, y de aquí resultaba la continua sospecha de que los otros le miraban con desprecio y burla.

Cuando por primera vez se agregó, circundado de un numeroso acompañamiento, á las huestes de la cruzada, su principal deseo fué atraerse el afecto y la intimidación de Ricardo, y los pasos que dió para conseguirlo fueron tales, que el rey de Inglaterra no pudo negarse á sus obsequios y atenciones. Mas el archiduque, aunque no carecia de valor personal, era tan inferior á

Corazon de Leon en audacia, y sed de peligros y batallas, que el monarca empezó á darle muy en breve pruebas nada equívocas de desvío. Ricardo, como todos los príncipes normandos, era notable por su sobriedad y templanza, y despreciaba la afición de Leopoldo á los excesos de la gula, y mucho mas su habitual propension al vino. Por estas y otras razones, el rey de Inglaterra no tardó en mirar al príncipe austriaco, como indigno de su estima y confianza, lo que le denotó tan claramente en repetidas ocasiones, que Leopoldo lo echó de ver, convirtiendo su antigua afición en encarnizada ojeriza. Mantúvose paliada la discordia entre aquellos príncipes, merced á la sagacidad y secreta política de Felipe de Francia, monarca sagacísimo y disimulado, que amedrentado por el carácter violento de Ricardo, considerándose como su natural antagonista, y deseoso de debilitar su influjo, procuraba traer á su devoción los otros caudillos de la liga y contrarestar de este modo la preponderancia del rey de Ingla-

terra; el cual, aunque debia cierta subordinacion á la Francia, por tener algunos estados en su territorio, lejos de manifestarse condescendiente y sumiso, obraba en los negocios de la cruzada con absoluta independencia y supremacía, que Felipe calificaba de ilegal usurpacion. Tal era la situacion del archiduque, tales las disposiciones de su ánimo, cuando Conrado de Monserrate se decidió á echar mano de las artes de la perfidia, para disolver los vínculos que unian al ejército cristiano, y romper de una vez, si podia, la alianza de los príncipes que le capitaneaban.

La hora que escogió para visitar á Leopoldo fué la de mediodia, y el pretexto, el de hacerle un regalo de ciertas barricas de vino de Chipre que habian caido en sus manos, y razonar, como hombre inteligente, sobre el mérito comparativo de aquel, y el de los vinos del Rin y Hungría. Semejante oferta fué graciosamente acogida por el magante tudesco, y correspondida con la urbana proposicion de participar del banquete

del archiduque; aceptada la cual, nada omitió este para dar esplendor á la fiesta. Mas en ella, el delicado gusto del Italiano echó de ver mas profusion que delicadeza; mas magnificencia que finura, y mas empeño en cargar la mesa con voluminosos manjares, que en lisonjear los ojos y el apetito.

Los Alemanes poseian aun aquel espíritu denodado y guerrero con que sus abuelos domearon la altivez de Roma, pero al mismo tiempo conservaban su inculta y tosca barbarie. No observaban las prácticas y principios de la caballería con aquel esmero y puntualidad que se notaba en los caballeros franceses é ingleses; ni se arreglaban á los usos de civilidad y cortesía que se miraban entonces como el último grado de la cultura de los pueblos. Conrado, en la mesa del archiduque, aunque aturdido por la algazara de los Teutones, tan impropias de la mesa de un príncipe, se divertia en observar aquellas extrañas costumbres, nuevas y peregrinas á los ojos de un habitante de la suave Italia. No menos curiosas le pa-

recian las crecidas barbas de los nobles austriacos, y las cortas ropillas de que usaban, matizadas de diversos colores, y cubiertas de alamares y bordados; cosas nunca vistas en las naciones occidentales de Europa.

Los innumerables criados, viejos y jóvenes, que servian el banquete, tomaban parte, de cuando en cuando, en la conversación de los huéspedes, de quienes recibian los restos de los manjares, que allí mismo, y sin la menor ceremonia devoraban. Habia tambien gran número de músicos, enanos y bufones, á quienes se daba mas libertad que la que permitia la dignidad de los concurrentes, y como no se les escaseaba el vino, que con la mayor profusion se distribuia en todos los puntos de la sala, resultaba de todo insufrible tumulto y vocería.

Al mismo tiempo, y mientras la confusion y el bullicio denotaban mas bien una taverna de Alemania, en dia de feria, que el pabellon de un príncipe soberano, los gentileshombres y camareros del archiduque le ser-

vian con el mas escrupuloso ceremonial, en lo que se conocia el empeño de este en mantener rígidamente las formalidades palaciegas que su elevada condicion exigia. Sus pages, que eran mancebos de nobles familias, le presentaban de rodillas la comida, en bajilla de plata, y en anchas copas de oro, el vino del Rin, y de Tokai. Cubria sus espaldas un espléndido manto ducal, forrado de costosas pieles de armiño; lucia en su cabeza una corona, tan cargada de brillantes joyeles, como la diadema del mas opulento monarca, y sus pies se apoyaban en un voluminoso banco de plata maciza. A pesar de este ostentoso aparato, y de los deseos de Leopoldo de cortejar al marques, á quien habia colocado á su mano derecha, solo prestaba oidos á la conversacion de su *Spruchsprecher*, título que, traducido literalmente, significa *decidor de dichos*, y que representaba una dignidad ó empleo, únicamente conocido en la corte de Viena.

Este personaje estaba en pie detras del sillón del archiduque. Usaba un ropage de ter-

ciopelo negro, bordado con monedas de oro y plata, en memoria de los dones que habia recibido de varios soberanos. Llevaba en la mano un báculo, en que estaban engastadas otras monedas, á manera de aros ó anillos, y el ruido que hacia con este instrumento, agitándole á uno y otro lado, indicaba que pedia silencio á los asistentes, para decir alguna ocurrencia, que él juzgaba digna de atencion. Su ministerio en la servidumbre del archiduque rayaba en el de bufon y consejero, pues unas veces adulaba como un cortesano, otras declamaba como orador ó poeta, y siempre á gusto y satisfaccion de Leopoldo, en términos que para cautivarse las gracias de este, era necesario contar con el apoyo del decidor.

A su lado, y para variar la diversion de los convidados y del archiduque, estaba el bufon de la corte, llamado Jonas Schwanker, el cual hacia casi tanto estrépito con su gorra de cascabeles, como el decidor con su sonaja.

Estos dos sugetos entretenian alternativa-

mente á la concurrencia con sus desatinos serios y jocosos; en tanto que el archiduque se reía del uno y admiraba al otro, sin perder de vista á su noble huésped, como para conocer la impresion que le hacían aquellas muestras del ingenio y de la elocuencia de los Austriacos. No es fácil decidir cuál de los dos contribuía mas eficazmente al recreo de los convidados, ni cuál era aquel á quien daba la preferencia Leopoldo; lo cierto es que cuanto salía de la boca de uno y otro era recibido generalmente con los mas ruidosos aplausos. A veces solian rivalizar en la conversacion, y disputárselas á quien charlabá mas de recio y mas aprisa; mas esta emulacion no alteraba la buena armonía que reinaba entre ellos, la que se echaba de ver cuando el decidor explicaba con una glosa campanuda los chistes de su compañero, para que todos los entendiesen; y el bufon en cambio ponía risibles comentarios, y ridiculizaba en trovas burlescas los graves documentos y eternas frases de su competidor y amigo.

Conrado entre tanto, disimulando cuida-

dosamente la opinion que de aquel espectáculo formaba, ponía su mayor esmero en mostrarse contento y satisfecho, aplaudiendo con tanto vigor como el mismo archiduque, las salidas de aquellos parlanchines. Mas no perdía de vista la ocasion que uno de los dos le ofreciese de sacar una conversacion favorable á sus miras. Tal era el proyecto que habia formado para dar principio á su plan de operaciones.

No tardó mucho el bufon en aludir á la persona y á la familia de Ricardo, hablando de Dickon el escobero, personage medio histórico, medio fabuloso, que era comunmente el asunto inagotable de sus dicharazos. Del escobero pasó á las escobas, y de las escobas á las retamas, de que ordinariamente se hacen en Alemania. — La retama, dijo el marques, encarándose al decidor, es el timbre de la familia de Plantagenet, de la cual descende Ricardo Corazon de Leon.

— La retama, dijo el de la sonaja, es simbolo de humildad, y bien debieran tener presente el emblema los que le llevan en su escudo de armas.

—Honremos, dijo el marques, á quien debe ser honrado. Todos hemos tenido parte en las batallas y peligros de esta guerra, y todos deben tener parte en los himnos y en los loores. Salga alguno de los que profesan la gaya ciencia, y cante, como se merece, los altos hechos de Leopoldo de Austria.

Al oír estas palabras se presentaron en medio del salon tres trovadores con sus harpas. El decidior, despues de haber discurrido largamente sobre la dificultad del asunto, concedió la palabra á uno de ellos, el cual, despues de haber templado el instrumento, cantó en aleman:

Prez al valiente caudillo,  
Que de las cruzadas huestes,  
Por la senda de la gloria,  
Los pasos dirige y mueve.

El decidior interrumpió con el estrépito de su báculo al cantor, para explicar á los convidados, por si no lo habian entendido, que el valiente caudillo á quien aludia la copla, no era ni podia ser otro que su dueño y se-

ñor el archiduque de Austria: comentario que fué recibido por la asamblea con un brándis general, á la salud del valiente caudillo Leopoldo. El cantor siguió su romance:

¿Porqué del Austria se encumbran  
Las glorias y las banderas?  
¿Porqué el águila atrevida  
Sobre los montes se eleva?

— El águila, dijo el del báculo, es el emblema de nuestro noble señor el archiduque, y es el ave que mas alto vuela en las regiones del aire.

— ¿Y vuela tambien, preguntó Conrado, cuando le echa las garras el león?

El archiduque, centelleando de cólera, miró fijamente á su charlatan de cámara, el cual, despues de haber reflexionado algun tiempo, respondió enfática y gravadosamente: — El noble marques me perdone si le advierto que ha cometido una distraccion. El leon no puede echar las garras á la reina de las aves, porque la naturaleza no le ha dado alas para volar.

— ¡Y el Leon de San Marcos! preguntó el bufon.

— El leon con alas, dijo el sabio, es el símbolo de la república de Venecia; de aquellos animales anfibios, medio nobles, medio tratantes, que no osan mirar frente á frente al pájaro de Júpiter, como si dijéramos, á nuestro ilustre amo el archiduque.

— No por cierto, dijo Conrado; yo no hablo del leon de Venecia, sino de los tres leones de las armas de Inglaterra. Es verdad que antes eran leopardos; mas ahora han subido en dignidad, y al leon se postra toda bestia viviente, sea cuadrúpeda, acuática, reptil ó volátil.

— ¿Hablais seriamente? preguntó Leopoldo, á cuyo color natural daban mayor realce los vapores del vino. ¿Pensais acaso que Ricardo de Inglaterra goza de alguna superioridad ó preeminencia entre los soberanos que libremente y de su propio acuerdo han tomado parte en esta cruzada?

— Yo hablo de lo que veo, dijo el marques, y lo que veo es que el estandarte de

Inglaterra ondea solo en medio de los reales, como si su dueño fuera el generalísimo de las armas cristianas.

— ¡Y hablais de eso con tanta frialdad! repuso Leopoldo.

— ¿Atañe por ventura, dijo Conrado, al pobre marques de Monserrate tomar á pechos una injuria que tan sufridamente sobrellevan dos príncipes tan potentes como Felipe de Francia y Leopoldo de Austria? No puede ser deshonra para mí, lo que no es deshonra para ellos.

Leopoldo apretó el puño y dió un golpe terrible en la mesa.

— Baldon es ese, dijo Leopoldo, de que repetidas veces he conferenciado con Francia. Obligacion nuestra es proteger á los príncipes inferiores de las usurpaciones de ese isleño advenedizo. Mas Ricardo y Felipe tienen sus piques sobre derechos de vasallage, y no fuera sana política partir por medio en este tiempo y en esta coyuntura.

— Sabio y prudente es Felipe, respondió el marques, como á todo el mundo consta.



Su condescendencia es sin duda efecto de graves consideraciones: mas no han traslucido aun en el ejército las que os obligan á someteros á la dominacion de Inglaterra.

— ¡Yo someterme! exclamó lleno de indignacion el iracundo Austriaco. ¡El miembro principal del santo romano imperio! ¡A ese soberano de media isla! ¡A ese descendiente de un bastardo de Normandía! No, por la luz del sol que nos alumbrá. El campo y la cristiandad entera conocerán dentro de poco que Leopoldo sabe vindicar sus derechos, y que no le intimidan isleños fanfarrones. Arriba, vasallos y caballeros; seguidme todos. Coloquemos sin pérdida de tiempo el águila de Austria en la altura que le corresponde. No haya bandera de príncipe ó monarca que con ella compita.

Dichas estas palabras, se alzó precipitadamente, y en medio de la tumultuosa gritería de sus huéspedes y oficiales, se encaminó hácia la puerta del pabellon, y agarró el estandarte de Austria que en ella estaba clavado.

— Noble archiduque, dijo Conrado, afectando moderacion y prudencia, menoscabo seria de vuestra conocida sensatez, suscitar á estas horas un tumulto en el campamento del ejército cruzado. Mas vale sobrellevar por algun tiempo esa altanería de Ricardo, hasta que...

— Ni un minuto siquiera, vociferó Leopoldo, y con el estandarte en la mano, y seguido de todos sus huéspedes, marchó á la plataforma en que estaba la bandera de Ricardo.

— Mi venerado señor, dijo Jonas Schwancker, echando los brazos al cuello del archiduque: los leones tienen dientes.

— Y las águilas tienen garras, respondió Leopoldo puesta ya la mano en el asta, aunque sin osar todavía arrancarla.

El decidor, á pesar de sus dislates, solia tener intervalos de sano juicio. Viendo al archiduque tan próximo a cometer un atentado, agitó el instrumento de su dignidad, y Leopoldo volvió el rostro hácia él, segun era

su costumbre cuando de este modo le llamaba la atencion.

— El águila, dijo, es la reina de las aves: como el leon es rey de las fieras del monte. Cada cual tiene su dominio separado, tan distantes entre sí como Austria de Inglaterra. El águila del Danubio no debe injuriar al leon del Támesis: ondeen juntos los dos estandartes, y haya paz entre los que batallan juntos.

Leopoldo quitó la mano del asta del pendon ingles, y buscó por todas partes á Conrado de Monserrate: mas en vano, porque el marques, tan pronto como vió el efecto que habian hecho sus palabras, se escabullió entre la muchedumbre, cuidando antes de todo de llamar aparte á varios de los personajes que habian asistido al banquete, á quienes se quejó, en términos comedidos, de que Leopoldo hubiese escogido la hora de sobremesa, para vengar por sus manos una ofensa, que habria podido satisfacer con medios mas suaves. No pudiendo dar con el marques, á quien mas particularmente

deseaba hablar, el archiduque exclamó en alta voz que no era su intencion romper la armonía de los príncipes cristianos, sino reclamar los privilegios que le correspondian, y sus derechos, iguales en todo á los del rey de Inglaterra; que no aspiraba á colocar su estandarte sobre el de Ricardo, aunque lo tenia de manos de los emperadores sus antepasados, algo mas ilustres que los príncipes de la casa de Anjou; por último que se contentaba con que los dos estandartes ocupasen el mismo puesto, á fin de que no se creyese que habia en Europa tímbrs superiores á los de la casa de Austria. Terminada esta arenga, se abrió un barril de vino, se tocaron cajas y trompetas y se bebieron sendas copas en honor del estandarte del archiduque.

El ruido que hizo el acompañamiento del duque durante toda esta ceremonia, produjo alguna inquietud y extrañeza en los reales.

Era llegada la hora crítica, en que el médico árabe habia predicho, segun las reglas de su arte, que Ricardo despertaria

considerablemente aliviado y restablecido, y ya le habia aplicado la esponja de que habia hecho uso para sacar de su letargo al escudero de sir Kenneth. Volvió en sí el monarca; observóle atentamente el sabio, y dijo al baron que la fiebre habia cesado de un todo, y que, gracias á la feliz constitucion de Ricardo, era inútil repetir el salu- tifero medicamento. Ricardo fué de la mis- ma opinion, y restregándose los ojos, pre- guntó á sir Tomas á cuanto subiria la suma que se hallaba á la sazón en las arcas reales.

El baron respondió que lo ignoraba.

— Importa poco, dijo el rey, sea grande ó pequeña, ponla toda en manos del sabio Sarraceno que me ha vuelto á poner en estado de seguir las banderas de Cristo. Si no alcanza el dinero á mil bizantes, que se le dé lo que falta en joyas.

— El sabio, respondió El Hakim, no vende la sabiduría con que le ha favorecido Alá, y ten entendido, gran príncipe, que esa celestial medicina, á que debes tu resta- blecimiento, perderia enteramente su virtud

en mis indignas manos, si se contaminaran estas con oro y con diamantes.

— ¡Rehusas el galardón que mereces! exclamó sir Tomas. Esto sí que es mas ad- mirable que los cien años de tu edad.

— Tomas de Vaux, dijo el rey, tú no conoces mas valor que el que se necesita para mover la espada, ni otra virtud que la que luce en la caballería. Este Moro puede servir de ejemplo á muchos nobles cristia- nos.

— Sobrada recompensa es para mí, dijo el Moro, cruzando los brazos sobre el pe- cho, y manteniéndose en actitud grave y respetuosa, que un rey tan grande como Malec Ric se digne dirigir la palabra á su servidor. Ruégote que te calmes y tranqui- lices, porque aunque no creo que sea neces- sario repetir la medicina, se debilitaria no- tablemente su efecto si volviera á encenderse tu noble sangre.

— Debo obedecerte, Hakim, dijo Ricardo, pero tan libre se siente mi pecho del fuego que le ha devorado en estos últimos dias,

que me hallo capaz de enristrar la lanza y de aguardar á pie firme la del mas intrépido enemigo.... pero, ¿qué significa ese rumor y esa música que se oye en el campamento? Sir Tomas, corre y tráeme noticias de lo que pasa.

— Es el archiduque de Austria, dijo el baron, despues de haber estado un instante fuera; que con sus amigos de taverna sale en procesion por los reales.

— ¡Borrachon insensato! exclamó el rey; mas le valiera ocultar su intemperancia en los lienzos del pabellon, que hacer alarde de ella ante los soldados de la cruz. ¿Qué decis, señor marques? continuó dirigiéndose al de Monserrate, que á la sazón entraba en el aposento.

— Digo, valiente príncipe, respondió el marques, que me huelgo de ver á vuestra magestad tan mejorado, y es cuanto puede decir quien viene de la mesa del archiduque de Austria.

— ¡Con ese pellejo de vino, dijo el rey, habeis estado comiendo! Pues cierto, es de

admirar que un hombre como vos, haya dejado tan pronto el campo de batalla. ¿Y qué significa todo ese rumor que el bebedor teutónico está armando á estas horas en el campamento?

De Vaux, que se habia colocado detras del rey, dió á entender á Conrado, con sus gestos y miradas, que no cometiese la imprudencia de enterar á Ricardo de los desacuerdos de Leopoldo: mas el marques de Monserrate ó no lo comprendió, ó no quiso comprenderlo.

— Lo que el archiduque está haciendo, dijo, es cosa de poca importancia, puesto que él mismo no se halla en estado de saberlo. Con todo, si he de decir la verdad, me he tenido que retirar de su compañía, por no tomar parte en chanzas tan pesadas.

— ¿Y qué chanzas son esas? preguntó impacientemente Ricardo.

— Se le ha puesto en la cabeza, dijo el marques, echar al suelo el estandarte de Inglaterra, y se ha encaminado on esta intencion al monte de San Jorge.